

Intervención del Vicepresidente del Parlamento Europeo, Alejo Vidal-Quadras, en el acto de presentación de su libro *Ahora, cambio de rumbo* celebrado en Madrid el 30 de enero de 2012

Muy buenas noches a todos

Ante todo quiero agradecer a Ignacio, a Juan y a Alfredo su amabilidad al acceder a tomar la palabra en la presentación de este modesto trabajo mío al que quizá sea exagerado llamar libro y cuya denominación más adecuada sería “opúsculo”, porque tiene solamente un centenar largo de páginas. Su presencia esta noche aquí es una muestra de generosidad y de amistad más que de la trascendencia de mi aportación al amplio y vivo debate público que lleva produciéndose en España desde que estalló la malhadada crisis. Asimismo, quiero expresar mi reconocimiento a Ramón Perelló, que fue quién me embarcó -nunca mejor dicho lo de embarcó si se atiende al título de este nuevo hijo editorial suyo- en el esfuerzo de preparar un texto que no es otra cosa que la destilación y la síntesis de una larga lista de preocupaciones, alarmas, análisis y propuestas que he venido tecleando en diferentes publicaciones periódicas y lanzando verbal y visualmente a las ondas electromagnéticas de diversa longitud a lo largo de los últimos cinco años, principalmente gracias a la cálida hospitalidad del Grupo Intereconomía. Y, por supuesto, mi gratitud a todos los que nos acompañáis en este acto, supongo que porque habéis llegado a la acertada conclusión de que el hecho de que yo no tenga méritos suficientes para ser merecedor de vuestro afecto no borra la circunstancia de que vosotros sí os habéis ganado sobradamente el mío.

Llevo veintitrés años de actividad política, precedidos por otros veinte de vida académica e investigadora y he llegado a la conclusión de que este casi cuarto de siglo durante el cual he sido concejal, diputado autonómico, senador, eurodiputado, dos veces candidato a la presidencia de la Generalidad de Cataluña, presidente de la Comisión de Educación y Cultura del Senado y Vicepresidente del Parlamento Europeo, entre otros cargos y cometidos, ha probado únicamente una cosa: que soy inasequible al desaliento, constatación que a mí me llena de asombro, a mis oponentes de irritación y a mi familia de paciencia. Este librito es en parte el fruto de esta larga experiencia, cuyo oleaje podría haberme depositado en la fría playa de la renuncia y de la amargura, pero que, muy lejos de eso, sigue impulsándome a la acción y a la reflexión cada día si cabe con mayor entusiasmo, o sea, que no hay forma de que se me pasen las ganas de incordiar.

Sin embargo, quiero aclarar que en *Ahora, cambio de rumbo* no existe el menor ánimo de fastidiar a nadie, sino todo lo contrario. Ve la luz con la sincera intención de depositar un humilde grano de arena en la ingente tarea que tiene por delante el nuevo Gobierno y con él toda la sociedad española para intentar salir del hoyo desde cuyas oscuras profundidades contemplamos la luz lejana de la recuperación material y moral. Este tipo de ejercicios de diagnóstico y propuesta son absolutamente necesarios en un sistema político como el nuestro en el que el jefe del Ejecutivo acumula un inmenso poder y cuando, como en el momento presente, disfruta de mayoría absoluta en ambas Cámaras nacionales y su partido es el dominante en trece de las diecisiete Autonomías y en los Consistorios de más de la mitad de las capitales de provincia, este poder, con

independencia de su color o de su decolorado ideológico, deviene incluso peligroso para él mismo y para la ciudadanía. Y no digo peligroso por apuntarme al cliché pusilánime de que la mayoría absoluta es menos democrática que la relativa, dado que ha quedado sobradamente probado que en España los Gobiernos en precariedad parlamentaria quedan a merced de los nacionalismos depredadores y de toda suerte de presiones egoístas. Desde esta perspectiva, bienvenidas sean las mayorías aplastantes. Digo peligroso por un doble motivo, porque si se emplea de manera incompetente o equivocada, los efectos negativos se multiplican y si se desaprovecha para caer en la pasividad o en la indolencia, la sensación de frustración y de oportunidad perdida que despierta es igualmente enorme. Se trata, pues, de cabalgar sobre su considerable fuerza para hacer lo correcto venciendo resistencias, intereses creados y obstáculos malignos. Esperemos, y hay muchas razones de orden personal y político para que así sea, que el hoy titular de la cabecera del Consejo de Ministros lo use en la buena dirección. En cualquier caso, la combinación de esta concentración de capacidad irrestricta de decisión en una sola persona que irradia sobre los ámbitos ejecutivo, legislativo, judicial, mediático y financiero con la escasez de mecanismos de participación y control efectivo por parte de los administrados es una patología grave de nuestro sistema institucional que nos ha acarreado tremendos perjuicios en el pasado y cabe que nos los siga infligiendo en el futuro si no tomamos las precauciones adecuadas. Estamos expuestos, como han demostrado los últimos ocho años, a asistir impotentes a una sucesión de disparates, frivolidades y bajezas de escalofriante calibre sin que nada ni nadie pueda detener o impedir el deterioro hasta que lleguen las elecciones y el daño causado sea ya de difícil reversibilidad.

España padece un serio desequilibrio entre lo político, entendido como lo partidista, y lo cívico, entendido como la eficacia de los cauces de representación, participación y control del poder por parte de la sociedad, desequilibrio que urge enderezar. Si uno hurga en la raíz de los males que nos atormentan, desempleo galopante, prima de riesgo enfebrecida, déficit desbocado, jurados populares que desconocen la ortografía, organizaciones criminales gobernando órganos claves del País Vasco, gobiernos autonómicos que se burlan de la ley y que exhiben reivindicaciones separatistas mientras los dos grandes partidos nacionales les halagan y se disputan sus húmedos favores, justicia politizada, Constitución reducida a un harapo con el que el propio Tribunal encargado de su custodia se limpia su indignidad, igualitarismo paralizante, corrupción proliferante, tasa de natalidad desfalleciente y zafiedad generalizada, encuentra indefectiblemente un foco infeccioso que envenena y consume el cuerpo social y la estructura del Estado: la sustitución de la democracia, entendida como el sometimiento directo y permanente de los gobernantes al control de los gobernados, el respeto a las minorías y a la ley por parte de las mayorías, la independencia y separación de poderes y la preservación de las libertades fundamentales, por una partitocracia divisiva, venal y opaca que se sirve sobre todo a sí misma.

Nuestro problema, y no me cansaré de repetirlo, no es de gestión, es de estructura, no se trata de repintar el edificio, airear algunas estancias, cambiar unas pocas tuberías y correr unos cuantos tabiques, no, esto no es ni de lejos suficiente. Son los fundamentos, corroídos por tres décadas de desarrollo constitucional al albur de las coyunturas electorales y los

pactos con los nacionalismos secesionistas, son las vigas, devoradas por las termitas del hedonismo infantiloides y la desaparición del sentido de Estado y del patriotismo, son las paredes maestras, cuarteadas por el relativismo moral y la colonización de la sociedad por los partidos; esta es la verdad, incómoda, desagradable, dolorosa, probablemente descortés, pero inescapable si deseamos evitar un fracaso colectivo de proporciones históricas.

Soy consciente de que un planteamiento tan despiadado y de aristas tan afiladas rebasa el límite de lo políticamente incorrecto para entrar de lleno en lo chocante. Ahora bien, el riesgo de ser acusado de catastrofista o intemperante se reduce al terreno de los estamentos oficiales biempensantes y beneficiarios del sistema porque en la calle mis innumerables conversaciones espontáneas con estudiantes, taxistas, amas de casa, bases de partido, autónomos, pequeños empresarios, vendedores de grandes almacenes, camareros, porteros de finca, directores y empleados de sucursal bancaria de barrio, policías, militares, tripulantes de cabina y pasajeros, profesores de primaria y secundaria, personal de seguridad de aeropuertos y demás genuinos representantes de la realidad viva, cambiante, voluntariosa y admirable que sostiene la Nación y que la conforma, me confirman todos los días que esta percepción de fin de ciclo, de proximidad del abismo y de necesidad de una regeneración de fondo de nuestros esquemas mentales y de nuestro entramado institucional, está extensamente instalada entre nuestros compatriotas. Obviamente, también es palpable que, agobiados por las dificultades cotidianas de carácter laboral y familiar, no encuentran el tiempo ni los canales apropiados para transformar sus inquietudes y sus

reivindicaciones en acciones concretas en el plano público, lo que les sume en un desánimo aún más acentuado que puede confundirse interesadamente con aquiescencia o conformidad.

España se debate prisionera de cúpulas partidarias oligárquicas, cooptadas y profesionalizadas que manejan todos los resortes del Estado y que de manera no siempre consciente han convertido el nobilísimo oficio de gobernar y administrar los recursos de todos en beneficio del conjunto en una mezcla de trapicheo burocrático y reparto de botín. Las elites empresariales, periodísticas, funcionariales, artísticas y académicas, fuertemente dependientes de los favores de los responsables políticos para su mantenimiento y para el disfrute de sus propias ventajas, se han acomodado a semejante montaje con una mezcla de resignación y de cinismo que las ha esterilizado como guía y motor de la sociedad civil.

Quiero resaltar, y este es un punto clave para mí, que en los partidos, organizaciones empresariales, sindicatos, universidades, agrupaciones profesionales, asociaciones religiosas, medios de comunicación y cuerpos de funcionarios, abundan las personas decentes, preparadas, sinceramente patriotas y rebosantes de sana intención, pero el sistema los atenaza y los desactiva, abriendo camino en cambio a los aprovechados y a los oportunistas. Para calibrar en toda su dimensión la tragedia que atravesamos los españoles, sólo hay que fijarse en el dilema que se le plantea al PSOE en estos días de verse obligado a elegir, remedando a Chateaubriand cuando vio entrar en la antesala de Luis XVIII a Talleyrand apoyado en Fouché, entre la inconsistencia y la amoralidad. La pregunta que surge impetuosa es ¿No cuenta el PSOE entre sus centenares de miles de militantes con hombres y mujeres sólidos, honrados, con inteligencias

bien amuebladas, deseosos de servir a su país, que nos ofrezcan un centro-izquierda europeo, sensato, responsable y de altura? ¿Están condenados sin remedio, después de dos lustros de oprobio, a entregar su centenaria organización a dos absolutos fracasados, una de la que no se conoce realización alguna de mérito, salvo que una llamativa carencia del sentido del ridículo se pueda clasificar como virtud, y otro del que se conocen demasiadas hazañas y no precisamente edificantes? Cito este ejemplo escogido totalmente al azar para demostrar que nos enfrentamos a una deficiencia sistémica, la falta de democracia interna de los partidos emanada de una ley electoral que destruye el vínculo entre representante y representado y que degrada a los candidatos a un escaño a aduladores de los que mandan en su partido, sin importar con demasiada frecuencia sus cualidades, su experiencia o su trayectoria previa. Y lo mismo se puede predicar del despilfarro de dinero público, de los abusos y tropelías que ininterrumpidamente manchan portadas e informativos provocando vergüenza ajena y de las decisiones ofensivas por su sectarismo, su electoralismo, su improvisación o su simple y desnuda estupidez.

Es prácticamente imposible que un país sobreviva a un sistema que dificulta la promoción de los mejores y allana la senda a los mediocres, que inhibe el ahorro y estimula el derroche, que pone al mal gusto como modelo, que destruye la igualdad de oportunidades imponiendo la igualdad de resultados, que se deslumbra con el rédito inmediato y olvida la creación de valor añadido, que se gasta millones para que sus senadores finjan no entenderse, que ha expulsado la lengua oficial del Estado de las aulas y del espacio público en partes esenciales de su territorio, que se complace en vestir a la barbarie de progreso, que fomenta la división y

fragmenta la unidad y que se refocila en la reclamación de derechos sin fin mientras los deberes acumulan polvo en el desván.

En el ensayo que os ha convocado aquí esta noche insisto en estos aspectos que considero cruciales de la crisis en la que nos hallamos inmersos, en su carácter múltiple y terminal, en su condición de indicador implacable de que hemos alcanzado un final de período histórico, de que el proyecto colectivo que emprendimos tan esperanzadamente hace treinta y cinco años ya no da más de sí y urge poner en marcha un ambicioso proceso de revisión, reconstrucción y regeneración, que nos permita derrotar por un lado a los que llamo “adoradores de la identidad” y por otro a los que bautizo como “fanáticos del igualitarismo”, los dos enemigos jurados de la sociedad abierta.

Naturalmente, *Ahora, cambio de rumbo* no se limita a la exposición de las desgracias que nos mortifican. Tras examinar al paciente y emitir un diagnóstico, propone un tratamiento y un equipo médico que lo aplique. Se atreve, en el colmo de la imprudencia y sin pretensión de exhaustividad, a enumerar más de cuarenta medidas y reformas concretas que a mi juicio habría que emprender durante esta legislatura que comienza y que están casi todas al alcance de un Gobierno sostenido por una mayoría absoluta, un Gobierno que se atreva a valerse de la legitimidad que le han otorgado las urnas sin complejos ni vacilaciones ni demoras.

Pero yo no voy a dar detalles ni a revelar el contenido completo de estas páginas que algunos han calificado de manifiesto, supongo que por su contundencia, muestra de mi apasionamiento, y por su concisión, fruto de

la imposición tiránica del editor. Y no lo voy a hacer porque mi propósito esta noche, aparte de gozar de vuestra inestimable compañía, era excitar vuestro apetito de leer y juzgar un parco volumen en el que reitero mis convicciones, coloco en su lugar ciertos mitos, desmonto determinadas hipótesis, propongo actuaciones concretas y no sé si ajusto algunas cuentas pendientes. Si esto último es así, espero que no se note demasiado.

En definitiva, que no os lo cuento todo para que, poseídos por la curiosidad, compréis el opúsculo, porque los catalanes, y yo lo soy de pura cepa mal que les pese a los que sólo lo son de fachada, obsesión, conveniencia o milagrosa mutación genética, los catalanes, sabedlo, jamás, ni en medio de los peores cataclismos, perdemos nuestro santo temor a nuestras esposas, nuestra veneración a nuestras suegras ni nuestro glorioso instinto comercial.

M.G.